

Agosto 2023

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN N° 20

ALMAS EUCARÍSTICAS
Un Seminario mártir

EVANGELIO, PAN DE VIDA
«Amaos unos a otros como
Yo os he amado...»

POSTRADO A TUS PIES
Oración a San Miguel Arcángel

“Dar Cristo su vida en la Eucaristía es poner su vida a mi servicio”. (P. Rodrigo Molina)



SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,**
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA
La generosidad de Dios en su entrega
eucarística..... 3

- **POSTRADO A TUS PIES**
Oración a San Miguel Arcángel..... 4

- **DOCTRINA SOBRE EL**
SACRAMENTO DEL AMOR
Devoción al Sagrado Corazón de Jesús..... 5

- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**
“Amaos unos a otros como Yo os he amado” ... 6

- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**
La Eucaristía, silencio de inmolación..... 8

- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**
????..... 10

- **ALMAS EUCARÍSTICAS**
Un Seminario mártir..... 12

- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**
Un corazón que aún late..... 14

LA
GENEROSIDAD
DE DIOS EN SU
ENTREGA
Eucarística



La generosidad es la virtud de las almas grandes que encuentran más satisfacción y alegría en dar que en el recibir. Generoso en su entrega es Dios que nos ofrece este banquete de la Eucaristía y nos sirve, no cualquier alimento, sino a su propio Hijo. Generoso es Dios en su misericordia al inicio de la Santa Misa que nos recibe a todos arrepentidos y con el alma necesitada. Generoso es Dios cuando considera fruto de nuestro trabajo lo que en realidad nos ha dado Él: el pan y el vino.

Generoso es Dios cuando va al lecho de ese enfermo como viático para consolarlo y fortalecerlo. Cuando está día y noche en el Sagrario, velando, cuidándonos, sin importarle nuestra indiferencia, nuestras disposiciones, nuestra falta de amor. En todas partes, latitudes, continentes, países, ciudades, pueblos, villas que se esté celebrando una Misa, Él, omnipotente, se da a todos y todo Él.

En fin, la Eucaristía es el sacramento de la máxima generosidad

de Dios que nos llama e invita a una entrega absoluta a Él, y a nuestro prójimo, a semejanza de la suya.

Nos dice el P. Molina:

«La Eucaristía es la forma suprema de entrega de Dios a nosotros en Cristo. La Eucaristía es un misterio. Nunca lo podremos abarcar, comprender plenamente. Pero sí podemos meditar sobre él para sacar la enseñanza que Dios nos quiere dar.»

Las palabras que hacen la Eucaristía son: “Este es mi cuerpo entregado por vosotros”. Estas palabras me definen la Eucaristía como la presencia de Jesús en forma de entrega, de Don para mi vida, en favor de mí.

La Eucaristía es el cuerpo entregado de Jesús y la sangre vertida de Jesús. No hay manifestación de Dios a nuestro mundo más concreta, más tangible, más llena de significación y expresividad que la Eucaristía.

La Eucaristía pone ante mí toda la riqueza de la presencia de Dios

que ha traído la Encarnación. La Eucaristía pone ante mí el misterio del Hijo de Dios entregado a la muerte para darme a mí la vida.

Consagración del pan: su cuerpo muerto, el entregado; consagración del vino: su sangre, la derramada. Esto significa entrega total, sin reserva alguna, trasvase total, traspaso total. Y lo significa dentro del continente más lleno de capacidad significativa: el sacrificio. Y el sacrificio más absorbente y radical: la muerte. Es tal el ansia de entrega de Jesús, de tal modo le envuelve y posesiona el amor que ni la muerte, ni los dolores de la muerte más atroz e ignominiosa le apartan del único fin de su vida: amarme.

Por eso la Eucaristía es la nueva alianza, el nuevo pacto de Dios conmigo. El ya indestructible e irreversible: “Este cáliz, la nueva alianza, en mi sangre, la derramada por vosotros”.

Jesús Eucarístico espera tu respuesta, no como pago debido, sino como amor agradecido».

Oración a San Miguel Arcángel



“**N**o recuerdo el año exacto —relata el P. Pechenino—. Una mañana el Sumo Pontífice León XIII había celebrado la Santa Misa y estaba asistiendo a otra, de agradecimiento, como era habitual. De pronto, le vi levantar enérgicamente la cabeza y luego mirar algo por encima del celebrante. Miraba fijamente, sin parpadear, pero con un aire de terror y de maravilla, demudado. Algo extraño, grande, le ocurría. Volviendo en sí, con un ligero, pero enérgico ademán, se levanta y se encamina hacia su despacho privado. Al cabo de media hora hace llamar al secretario de la Congregación de Ritos y, dándole un folio, le manda imprimirlo y enviarlo a todos los obispos diocesanos del mundo”.

¿Qué contenía? La oración a San Miguel Arcángel con la indicación de que se rezara al final de la Santa Misa junto con el pueblo. En ella, con la súplica a María y la encendida invocación al Príncipe de las milicias celestiales, se imploraba a Dios que volviera a lanzar a Satanás al infierno.

Lo que motivó al Papa a escribir la oración fueron las terribles imágenes que vio y escuchó: “*Vi demonios y oí sus crujidos, sus blasfemias, sus burlas. Oí la espeluznante voz de Satanás de-*

safiando a Dios, diciendo que él podía destruir la Iglesia y llevar todo el mundo al infierno si se le daba suficiente tiempo y poder. Satanás pidió permiso a Dios de tener cien años para poder influenciar al mundo como nunca antes había podido hacerlo”.

La práctica de esta oración al final de la Santa Misa estuvo vigente hasta antes de las reformas litúrgicas del Concilio Vaticano II. Sin embargo, los fieles pueden seguir esta devoción de manera privada.

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla. Sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes; y tú, Príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén.

CATEQUESIS
SOBRE LA
DEVOCIÓN AL

Sagrado Corazón de Jesús

(2ª PARTE)



“**H**e aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y, en cambio, de la mayor parte de los hombres no recibe nada más que ingratitud, irreverencia y desprecio en este Sacramento de Amor”. (Palabras del Señor a Sta. Margarita de Alacoque).

1. ¿Qué simboliza generalmente el corazón? Todos los lenguajes humanos han visto en el corazón el símbolo del amor. Así solemos decir: hombre de corazón, hombre sin corazón; y la Sagrada Escritura abunda en expresiones como éstas: *“Mi corazón se estremeció; se dilató mi corazón; mi corazón se ha vuelto como cera derretida”*.

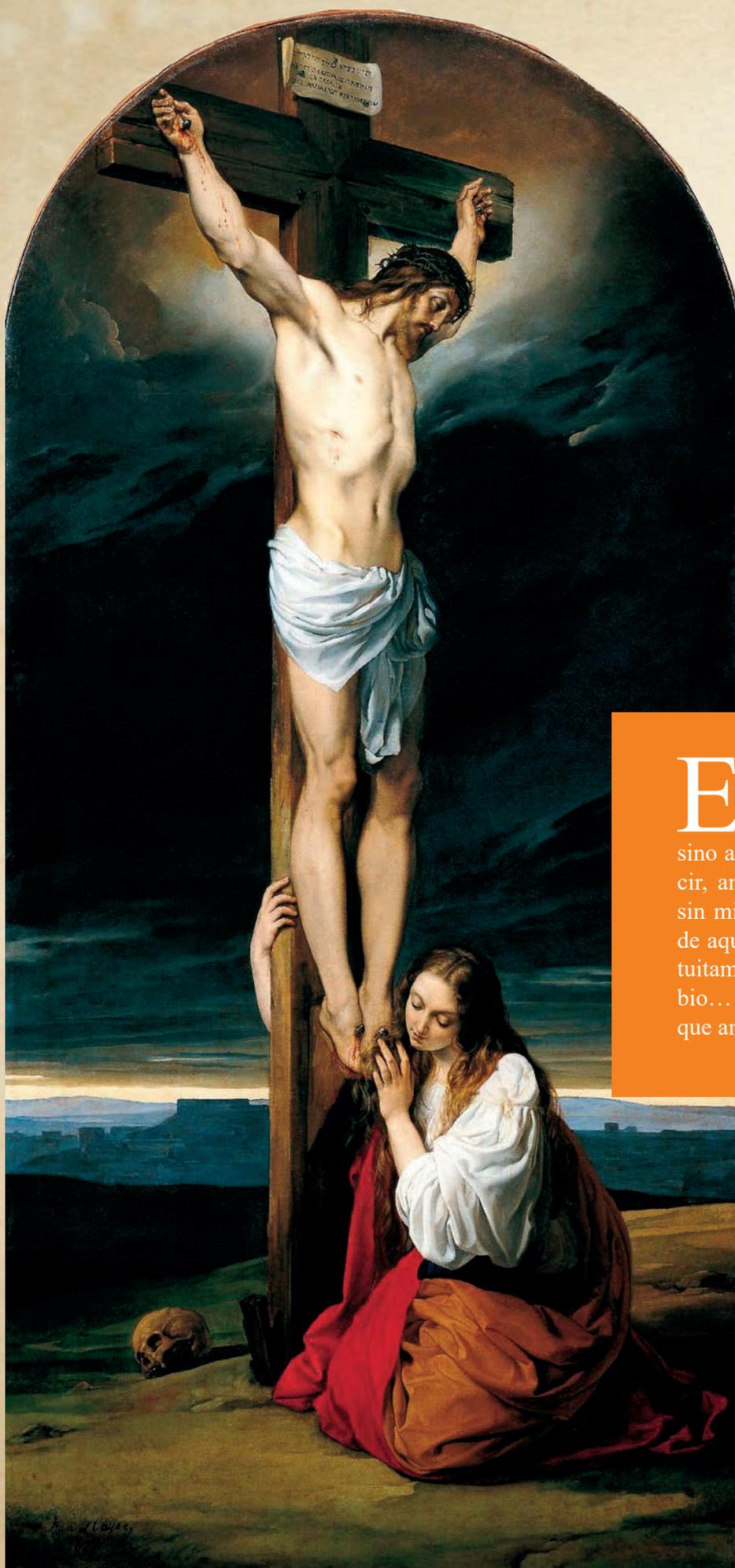
2. ¿Cómo sabemos que el Corazón de Jesús y su amor son el objeto propio de esta devoción? 1º Por la enseñanza de la Iglesia: *“En el Sagrado Corazón, dice el Papa León XIII, encontraréis el símbolo y la imagen sensible de la caridad infinita de Jesucristo”*. 2º Por las mismas palabras de Jesucristo a Santa Margarita María: *“Aquí tienes este Corazón que tanto amó a los hombres”*.

3. ¿Cómo quiso acrecentar Jesucristo la elocuencia de este símbolo? Por las insignias de que se dignó rodear su Corazón santísimo: la Cruz, la corona de espinas, las llamas, la llaga del costado y las gotas de sangre y agua.

4. ¿Qué significan estas insignias? La Cruz enclavada en el centro del Corazón nos dice la grandeza de su amor que le movió a sufrir una afrentosa muerte para redimirnos y nos enseña que hemos de llevar una vida de sacrificio si queremos ser discípulos fieles del Sagrado Corazón. La corona de espinas nos advierte que la corona de gloria que esperamos en el cielo ha de labrarse en esta vida con espinas de humillaciones y desprecios. Y simboliza, además, las punzadas que le inferimos con nuestros pecados.

Las llamas representan el fuego de amor vivo que le consume con el que anhela abrasar a todos los corazones. También significa que el divino Corazón ha querido permanecer abierto para servirnos de refugio en vida y en la hora de la muerte. Las gotas de sangre y agua son figura de los dos grandes Sacramentos de la Iglesia: el Bautismo y la Eucaristía. Representan, asimismo, las gracias inagotables prometidas por el Corazón de Jesús a sus devotos.

Seamos devotos del Corazón de nuestro Dios, es decir, hagamos que nuestra vida sea toda ella de fidelidad a los mandamientos de la Ley de Dios y de su Santa Iglesia, de oración, de obras de misericordia, de frecuencia de sacramentos, especialmente la Confesión y la Eucaristía.



“AMAOS UNOS
A OTROS
COMO

*Yo
os he
amado”*

El mandamiento de Jesús es el mandamiento del amor. Amar... pero, no solo amar, sino amar como Él nos amó. Es decir, amar totalmente, íntegramente, sin mirar las condiciones o méritos de aquel a quien se ama. Amar gratuitamente, sin esperar nada a cambio... Así nos ama Jesús y así quiere que amemos sus seguidores.

Reflexionar en el mandamiento del amor es algo que nunca acaba, siempre podremos aprender a amar más y mejor a nuestros hermanos.

De la mano de la Madre María Luisa de Jesús, autora del hermoso libro “Darse”, reflexionaremos un poco más en el mandamiento de Cristo, en el mandamiento Suyo, el del amor.

«En el Decálogo dice el Señor: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. ¡Inmenso precepto! Como sabía Él lo que el hombre se ama a sí mismo y lo que mira por sí mismo, por eso le mandó bajo precepto amar a los demás igual que a sí.

En la última cena, a punto ya de despedirse de sus íntimos, sube Jesús un peldaño más en el amor: “Que os améis como Yo os he amado”. Amar a los demás como Dios me ama a mí. ¡Tremendo! Amar yo, como lo soy de Dios. ¡Qué abismo de perfección! ¡Qué parangón de amores que me exige situar mi amor hacia el hermano como Él situó el suyo hacia mí!

Dios agotó toda su sabiduría junto a este precepto y todo su poder. Él no podrá ya imponer al hombre un precepto mayor. Amar al modo de Dios. ¿Cómo? Primero haciéndose carne: igual a quien se ama.

Primero, descender al nivel de los demás, hacerse pobre con el mendigo, reír con el alegre, sudar con el que trabaja, enfermar con el enfermo. Echar mano de mil herramientas a la vez: del sudor y del canto, del silencio y de la pequeñez, de la alegría y de la tristeza. Esto es hacerse carne.

¿Qué pasaría si tú dedicaras tu vida a la tarea de hacer feliz? ¿No te gustaría tender una alfombra en cada carretera aguijarrada?... Así se expresaba el humilde y bueno San Juan XXIII: “Nunca me he inclinado a

recoger y devolver la piedra que me arrojaban desde un lado y otro de la calle. En mis conversaciones nocturnas con el Señor, he tenido siempre presente la figura de Jesús Crucificado con los brazos abiertos para acogernos a todos. No importa lo que piensen y lo que digan de mí. Sé que debo permanecer fiel a mi buen propósito a toda costa: quiero ser bueno siempre, con todos...”.

Aprende el arte de saber endulzar, de no saber contrariar, de saber tratar, de no saber negar. Cada acción indelicada es una herida zanjada en el Cuerpo Místico de Cristo.

Si en los hermanos tuvieras que ver, según cada ocasión, a la persona de Fulano o de Mengana, abominarías muchas veces. Pero Fulano o Mengana deben ser para ti no sombras opacas de Cristo, sino copones donde vive la Trinidad. Y esto, por encima de todas las deficiencias que él o ella puedan poseer.

Después de hacerse carne, aún queda crucificarse. Y entonces nuestro amor será como el amor de Dios. Por cada hermano nuestro, ser un crucifijo. Cruci-fijo: fijo en la cruz por cada uno. Por cada alma, una corona de espinas y unos pies calvados. Por cada corazón, una crucifixión perfecta.

¿A qué ese crucifijo prendido respetuosamente sobre tu pecho si luego a los Cristos vivos no los sabes tratar? ¿A qué sueñas con ascenso en la contemplación si aún no sabes tender la mano? La

contemplación te enseñará únicamente a ser crucifijo.

Y mientras más cercano sea tu encuentro con Dios –en cuanto se pueda dar en esta vida–, y más altos los toques sustanciales, más cerca te encontrarás del hermano y más lo amarás.

Que esta súplica de Cristo: “Padre, que sean uno, como Tú y Yo somos uno”, la hagas palpitante en tu actuar. No rías ni juegues tanto a primavera. Entra en la absoluta delgadez de derramarte hacia los demás en crisma santificador.

No te importe ser aceituna prensada bajo la piedra para tornarte en óleo y en perfume hacia las almas.

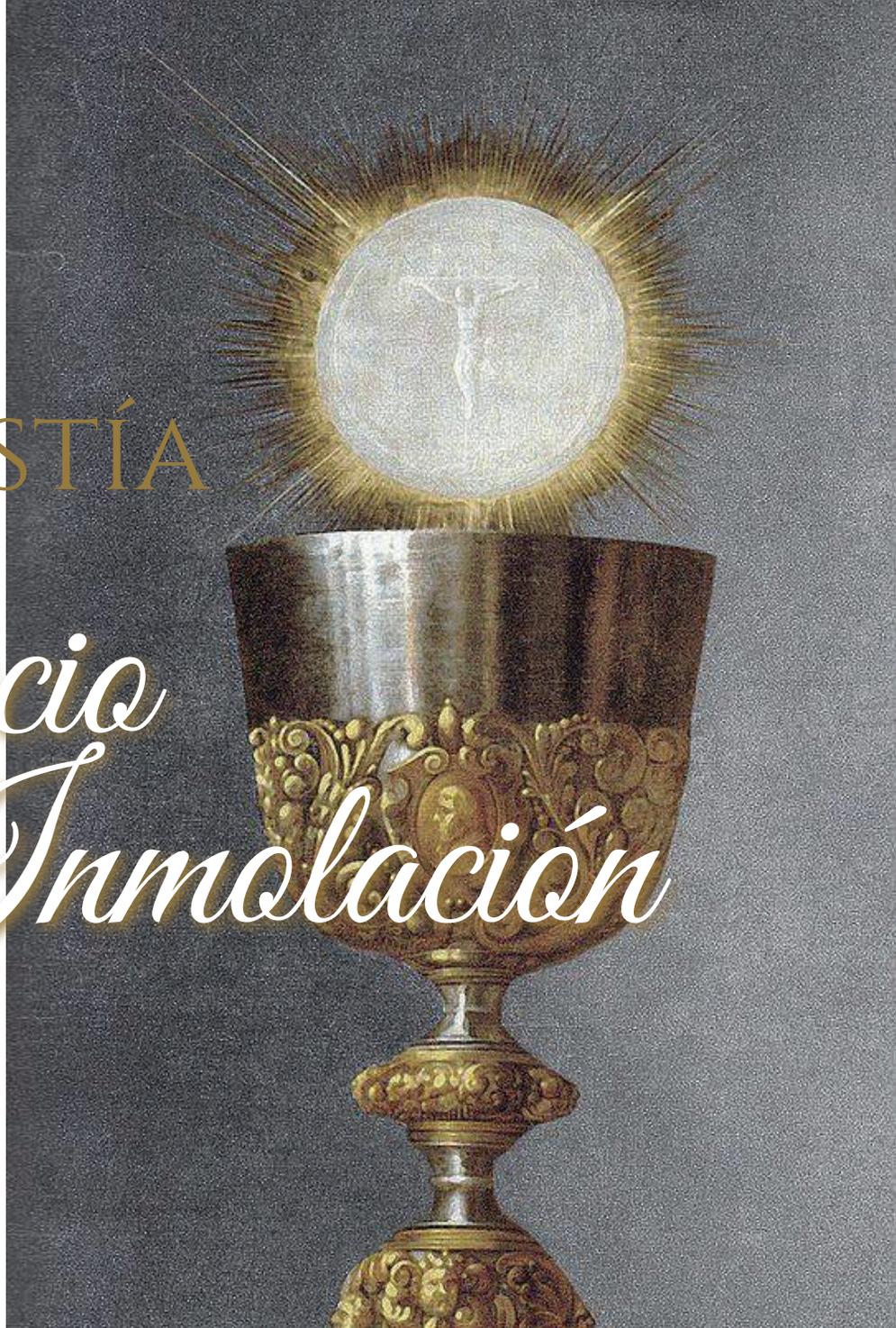
Que tú y yo, podamos cantar con nuestro incomparable Pemán:

“QUE VAYA, AL FIN,
POR LA VIDA
COMO TÚ ESTÁS EN
LA CRUZ:
DE SANGRE LOS
PIES CUBIERTOS,
LLAGADAS DE
AMOR LAS MANOS,
LOS OJOS AL MUNDO
MUERTOS,
Y LOS DOS BRAZOS
ABIERTOS
PARA TODOS MIS
HERMANOS...”».

LA EUCARISTÍA

Silencio de Inmolación

En la Eucaristía Jesús vive en un perpetuo silencio de inmolación. Silencio, sí... Hostia callada, aunque sea el mismo Verbo, Palabra de Dios. Hoy vivimos en tiempos de ruido, pero en la Eucaristía Jesús nos enseña que el silencio tiene valor, que tenemos que redescubrirlo. Pero especialmente aprender a callar cuando algún sufrimiento nos aqueja, aprender a no quejarnos tanto de la vida, de las personas y situaciones. Aprendamos de Jesús Eucaristía.



«El silencio en la vida de Cristo no solamente es la fórmula de su adoración y la manifestación exterior de la fortaleza y de la serenidad de su alma, sino que es, sobre todo, la forma suprema de su inmolación.»

El amor tiende siempre a hacernos salir fuera de nosotros mismos: el amor es de suyo extático; así como el ave que, sintiendo que tiene alas, no se arrastra por el suelo, sino

que naturalmente tiende a batirlas y a elevarse. Por eso toda alma amante, sensible, apasionada, tiende naturalmente a explayarse, busca como por instinto un corazón que lo comprenda; y entonces las confianzas no solamente son una prueba de confianza, sino una verdadera necesidad del amor. Y esta necesidad crece en las grandes emociones y muy especialmente en el dolor. ¿Quién en las

horas de sufrimiento íntimo no ha experimentado la necesidad imperiosa de encontrar un corazón amigo donde desahogarse?

Nadie como Cristo ha tenido un corazón tan amante y delicado, tan sensible y amoroso; nadie como Él ha sufrido; por eso nadie como Él ha sentido la necesidad torturante de desahogar su pena en un corazón amigo. Sin embargo, por nuestro amor, para nuestro ejemplo y consuelo, Jesús, cuyo sacrificio tomó todas las formas, quiso que también revistiera ésta y cubrió sus dolores con el manto pudoroso del silencio.

¿Se quejaría Jesús en sus confidencias de Nazaret y de Betania?, ¿derramaría la amargura desbordante de su Corazón divino en el corazón de su Madre amantísima? Yo no lo sé; solo sé que hojeando el Evangelio no puedo menos que descubrir en Jesús un olvido admirable de sí mismo y de sus propios dolores; si alguna vez se queja, es que la revelación de sus dolores –si bien discreta y velada – era necesaria para nuestra enseñanza, para que no nos escandalizáramos de nuestras propias debilidades y miserias, para que en sus dolores encontraran los nuestros consuelo y aliento divino.

Jesús, hasta cuando se queja, predica; hasta cuando se lamenta, enseña.

Fuera de esto, una sola queja que solo signifique

desahogo no la encontramos en su vida.

Y ¡cuántos dolores ocultos, desconocidos, inconsolados llevó Cristo en el fondo de su Corazón tan sensible y delicado! Debe haber sufrido como nadie la nostalgia del cielo, la nostalgia del Seno del Padre. Debe haber resentido como nadie la incompreensión de sus amigos, la tosquedad de los hombres, su egoísmo, su ingratitud, la malevolencia de sus enemigos ... Y, sin embargo, Jesús calla y, olvidándose de sus propios dolores, solo piensa en consolar los ajenos.

Pero en su vida eucarística es donde Jesús, de una manera incomparable, nos da el ejemplo de este silencio de inmolación.

Durante su vida mortal hizo muchas cosas el Maestro divino: evangelizaba la paz, evangelizaba el bien; curaba dolencias y consolaba tristezas; pasaba las noches en oración. Pero en su vida eucarística no hace muchas cosas, ni predica ni hace milagros, solo hace una sola: se sacrifica...

Cuando las sombras de la noche envuelven a toda la creación e invaden hasta el Santuario donde vive Jesús, cuando todo duerme y todo calla, ¿no nos hemos acercado alguna vez a un Sagrario entre la oscuridad de una Iglesia desierta sin más testigo que la luz discreta de una lámpara? Lo que más impresiona entonces es, quizá, el silencio de

Jesús: ¡hace veinte siglos que sufre y calla!...

Bien puede venir la ingratitud de los suyos a destrozar su Corazón, bien puede hacerse el vacío en torno de sus Sagrarios desiertos y abandonados, bien puede la mano sacrilega llegar hasta posarse sobre la albura de la Hostia inmaculada... ¡Jesús sufre y calla!... ¡La Pasión Eucarística no tiene quejas!...

¡Sufrir y callar!..., ¡qué programa más ideal para un alma verdaderamente generosa y de temple! Sufrir y sacrificarse es sin duda hermoso; pero sufrir y callar y envolver nuestras penas en el velo pudoroso del silencio y guardar solo para Jesús la virginidad de nuestros dolores. Es algo tan elevado, tan sublime que el hombre humanamente no puede alcanzarlo y fue necesario que el Hombre-Dios viniera a darnos el ejemplo y alcanzarnos la gracia de imitarlo».

Aprendamos de Jesús a callar en el sufrimiento. Busquemos consuelo en Jesús, en la Santísima Virgen. También podemos buscarlo en corazones amigos que nos aman y quieren consolarnos y acompañarnos..., pero que no sea para quejarnos, para hablar mal, para apartarnos de la Voluntad de Dios. Que sea para amar más, para darnos más a Dios y a nuestros hermanos.

(Del libro “Confiemos en Él” de J. G. Treviño, MSPS)



*María nos lleva a Jesús,
alimento de nuestra pureza*



María Santísima, Virgen de las Vírgenes, es el tabernáculo que Jesús escogió. Al hacerse carne el Verbo, quiso una Madre Virgen, un padre adoptivo también virgen. Y entre sus seguidores, tenía sus preferencias por el apóstol virgen: San Juan.

Necesitamos la Eucaristía. Con ella crecemos, pues Jesús nos nutre continuamente, da fuerzas a los débiles para enfrentar las dificultades, da alegría a quienes están sufriendo, da coraje incluso para el martirio, engendra vírgenes y forja apóstoles.

La Eucaristía requiere pureza y al tiempo nos aumenta la pureza. Requiere, antes de recibirla, pureza de alma, que estemos limpios de pecado mortal, con una buena confesión. También cierta pureza y decoro en el vestir y modales, sabiendo a quién vamos a recibir: ¡a Dios! Después de recibida, la Eucaristía aumenta la pureza, nos da fuerza para vencer las tentaciones, huir de las ocasiones, vivir positivamente una vida de castidad fuera del matrimonio y de fidelidad conyugal dentro de él.

El Divino Maestro, Jesucristo, inspira fuerza incluso para consagrar a Dios toda su vida, en el camino de la virginidad o el celibato por el Reino de los Cielos. San Pablo afirma que el matrimonio es bueno, pero la virginidad es un estado mejor. Y él lo escogió para sí. Así innumerables almas lo han escogido como único Esposo, como signo inmediato de la unión de Cristo con su Iglesia.

Escribía San Cirilo de Jerusalén, Padre y Doctor de la Iglesia: *“Si te hincha el veneno del orgullo, recurre a la Eucaristía y el Pan, bajo cuya apariencia se ha aniquilado tu Dios, te enseñará la humildad. Si arde en ti la fiebre de la avaricia, come de este Pan y aprenderás generosidad... Si te sientes empujado por la intemperancia, aliméntate de la Carne y de la Sangre de Cristo, que tan excelentemente practicó la sobriedad en su vida terrena,*

y te harás temperante. Si eres perezoso e indolente para las cosas espirituales, cobra fuerzas con este alimento celeste y te harás fervoroso. Si, en fin, sientes que te arde la fiebre de la impureza, siéntate en el banquete de los Ángeles y la Carne inmaculada de Cristo te hará puro y casto”.

Cuando se quiso saber qué había podido hacer San Carlos Borromeo para conservarse puro y delicado entre sus jóvenes contemporáneos frívolos y disolutos, se descubrió el secreto: la Comunión frecuente. Y precisamente fue San Carlos Borromeo quien recomendó la Comunión frecuente al joven Luis Gonzaga, que luego fue el Santo angélico y escogido como un bello lirio.

Verdaderamente, la Eucaristía se manifiesta como *“trigo que hace florecer a los mancebos”* (Za 9 17). Y San Felipe Neri, un conocedor profundo de los jóvenes, decía: *“La devoción al Santísimo Sacramento y la devoción a la Virgen son, no el mejor, sino el único medio para conservar la pureza. No hay como la Comunión para conservar puro un corazón de veinte años... No puede haber castidad sin Eucaristía”.* Es mucha verdad.

También la Eucaristía confiere la pureza del cuerpo. ¿Cuántas veces no se ha repetido en Lourdes por la Eucaristía aquello que el Evangelio dice de Jesús: *“Salía de Él una virtud y curaba a todos”* (Lc 8 46)? ¿Cuántos cuerpos no han sido curados por el dulce

Señor encerrado en las especies de pan y de vino? ¿Cuántos pobres y personas sufrientes no han recibido con el Pan eucarístico, el pan de la salud, del sustento, de la providencia?...

También Santa María, Madre del Verbo hecho Pan, es Virgen y *virginizadora*. De su virginidad nos ha nacido el Hijo de Dios encarnado. Es maravillosamente fecunda porque, como un fermento sobrenatural, ha renovado el mundo. San León Magno dice: *“El Hijo veló por la virginidad de su Madre, a fin de que esta virginidad fuera emulada por muchos de los que nacerían a una vida superior”.*

El impacto de la virginidad de María es siempre actual. Hace ya dos mil años que la mirada pura y el aroma de la Virgen de Nazaret suscitan pureza y virginidad. Jesús y María son modelo de vírgenes. María es fuente de energía, de pureza, de heroísmo, como la blanca Hostia.

San Andrés de Creta la saluda: *“¡Salve, fermento santo, divinamente consagrado! Has hecho fermentar todo el linaje de Adán; lo has trasmutado en una nueva pasta maravillosa: en este pan sagrado, en el único Cuerpo de Cristo”.*

Saboreemos, con el Corazón inmaculado de María, estas palabras del himno *Ecce panis angelorum*:

“Buen pastor, pan verdadero, oh Jesús, ten piedad de nosotros: nutrenos y defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos.

Tú que todo lo sabes y puedes, que nos alimentas en la tierra, conduce a tus hermanos a la mesa del cielo a la alegría de tus santos”.



Un seminario mártir

EL SEMINARIO CLARETIANO DE BARBASTRO

En el glorioso martirologio de la España del 1936 al 1939 se encuentra un grupo de mártires singular: el primer seminario mártir, el de Claretianos de Barbastro.

Hasta la tarde del 20 de julio de 1936, los sesenta misioneros compartían su vida de oración y estudio, en la alegría y la paz de la vida fraterna. Pero en la tarde de ese 20 de julio anarquistas armados irrumpieron en el Seminario para practicar un registro y ver si los religiosos escondían armas. A pe-



Última fotografía realizada pocos meses antes del martirio

sar de no encontrarlas, todos fueron detenidos. Durante el registro dos de los sacerdotes lograron salvar la Santísima Eucaristía, dieron la Comunión a los seminaristas y escondieron las restantes formas consagradas.

Los anarquistas llevaron a la cárcel al P. Superior y a dos Padres formadores. Al Hno. Ramón Vall, cocinero, que en ese momento no llevaba la sotana, los marxistas –pensando que no era religioso– lo des-

tinaron a la cocina de la prisión. Con esfuerzo, el Padre que había quedado al frente de la comunidad, consiguió que dos seminaristas enfermos y un Hermano anciano fueran ingresados en el hospital. A los restantes, después de varias horas de registro, los llevaron al salón de los Escolapios que hizo de prisión comunitaria.

El salón de los Escolapios era un semisótano abierto por ventanales enrejados a la plaza del Ayuntamiento, convertido en Comité revolucionario. Allí tuvieron que sufrir los misioneros, día tras día, insultos, amenazas, sed, hambre, además del calor sofocante. Ellos se entregaron a la oración, a la lectura clandestina del breviario, a conferencias piadosas secretas, al rezo del Santo Rosario, a la meditación, a cantar y animarse en voz baja al martirio. La sotana con la que vivían y dormían era objeto de brutal escarnio y hostigamiento por parte de sus carceleros.

Por las mañanas, el Hno. Vall les pasaba, junto a su ración de pan y chocolate, la Santísima Eucaristía, que le entregaba cada día el P. Ferrer, encerrado aparte junto el Obispo, los Superiores, y otros laicos. Pudieron así comulgar bastantes días y fortalecer su espíritu con el Pan de Vida. Algunos Hermanos habían escondido formas consagradas antes de salir de casa. Jesús Sacramentado se constituyó en el centro de su vida. Un Hermano –liberado por ser extranjero– recordaría la tierna piedad con que se le acercaban disimuladamente otros seminaristas para adorar al Señor que llevaba escondido en su pecho.

Como eran muy jóvenes –la mayor parte tenía entre 21 y 25 años– quisieron hacerlos pecar permitiendo que malas mujeres entraran en el salón, especialmente de noche. Ninguno de ellos contestó a sus insinuaciones.

Varias veces se presentaron en el salón pelotones de milicianos que los sometían a simulacros de fusilamiento. Los hacían permanecer contra la pared durante una hora, esperando –segundo a segundo– la descarga.

Muchos de los seminaristas fueron reconocidos por milicianos de sus pueblos que les ofrecieron salvarse. Pero todos prefirieron seguir unidos y compartir la misma suerte, a pesar de sentirse asaltados por temores y dudas. Unos a otros se daban fuerzas para seguir adelante.

El 2 de agosto, a las dos de la mañana, se llevaron a cabo dos sacas de veinte presos cada una. Los fusilaron en el cementerio de Barbastro. Entre los ejecutados estaban los tres Superiores del Seminario que murieron al grito de “¡Viva Cristo Rey!”, y el primer gitano mártir, el Beato Ceferino Jiménez Malla, El Pelé.

El día 10 el Hno. Ramón Illa, de 22 años, escribió a su familia: “Con la más grande alegría del alma escribo a ustedes, el Señor sabe que no miento... les comunico con estas líneas que el Señor se digna poner en mis manos la palma del martirio... al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como es el martirio que el Señor se digna concederme. Hace ocho días fusilaron al P. Superior y

a otros Padres. Felices ellos y los que les seguiremos”.

El 12 de agosto, a las tres y media de la mañana, irrumpieron en el salón unos quinientos revolucionarios, armados y provistos de cuerdas ensangrentadas. Un dirigente, apodado “El enterrador”, levantó la voz: “¡Que bajen aquí los seis más viejos!”. Mansamente, sin resistencia ni protestas, fueron bajando las víctimas. Les ataron las manos a la espalda, uno a uno, con cordeles y alambres; y, luego, de dos en dos, los amarraron codo con codo.

Uno de los jóvenes sacerdotes que quedaban en el salón levantó la mano y pronunció la absolución. Los hicieron atravesar la plaza del ayuntamiento, escoltados por “escopeteros”. Les esperaba el camión de la muerte a la entrada de la plaza. “Y poco después –escribirá un Hermano– a las cuatro menos siete minutos, una fuerte descarga de fusilería anunció la tragedia gloriosa que se acababa de consumir”. Antes de dispararles les ofrecieron apostatar. Ellos respondieron con un “¡Viva Cristo Rey!”.

Aquel 12 de agosto fue una jornada de purificación y de despedida para los que aún sobrevivían.

Dos Hermanos, que por su condición de extranjeros fueron excluidos de la matanza y que serían posteriormente mensajeros y testigos vivos de los mártires, testimoniaron de aquel día: “Nos confesamos todos por última vez... y pasamos el día rezando y meditando. Todos estábamos resignados a la divina voluntad y contentos de estar sufriendo algo por la causa de Dios”.

En la medianoche del 12 al 13 de agosto fueron llamados veinte seminaristas, atados y conducidos al camión de la muerte. Un miliciano les ofreció salvar la vida si se quitaban la sotana y marchaban al frente con los anarquistas. La respuesta fue unánime: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Iglesia Católica! ¡Viva el Corazón de María!”. Los mártires empezaron a cantar y lo hicieron hasta el momento de la ejecución.

El 15 de agosto fusilaron a otros veinte. Antes de morir, habían escrito una estremecedora carta de despedida: “...Pasamos el día animándonos para el martirio, rogando por nuestros enemigos. Cuando llega el momento de designar las víctimas, hay en todos serenidad santa y ansia de oír el nombre para adelantar y ponernos en las filas de los elegidos; esperamos el momento con generosa impaciencia y cuando ha llegado, hemos visto a unos besar los cordeles con que los ataban, y a otros dirigir palabras de perdón a la turba armada: cuando van en el camión hacia el cementerio, les oímos gritar ¡Viva Cristo Rey!... Morimos todos contentos sin que nadie sienta desmayos ni pesares”.

El 18 fueron fusilados dos de los tres que estaban en el hospital. Se había consumado el martirio de los cincuenta y un misioneros del Seminario de Barbastro.

En octubre de 1992 fueron beatificados por el Papa Juan Pablo II. Al final de la Santa Misa, el Papa, emocionado, exclamó: “¡Por primera vez en la Historia de la Iglesia, todo un seminario mártir!”.



En los últimos cincuenta años hemos asistido a algo inédito y sorprendente: los milagros eucarísticos, sometidos a estudio científico, nos hablan con el lenguaje de la medicina forense.

Un aspecto de estas investigaciones científicas es la demostración de la presencia indefectible de tejido miocárdico humano que brota prodigiosamente y se compenetra a un nivel más que microscópico con la especie visible del pan. El Autor de los milagros eucarísticos conoce bien al ser humano y sabe que el corazón no es un órgano como los demás, sino que está dotado de un poderoso simbolismo, reconocido y compartido por los hombres de todos los tiempos y culturas. Este retorno del órgano que constituye el centro vital y espiritual de las criaturas no es casual, como tampoco lo es la referencia a la espiritualidad de su Sagrado Corazón, desgraciadamente tan descuidada por los cristianos de hoy en día.

El corazón que encontramos en las platinas de Buenos Aires, Tixtla, Sokółka y Legnica (cuatro sucesos reconocidos por la Iglesia católica en los últimos años) muestra signos de sufrimiento muy marcados. Estas alteraciones se deben a dos fenómenos: por un lado, la inflamación del tejido del miocardio, que está infiltrado por numerosos glóbulos blancos como macrófagos neutrófilos y, por el otro, las fibras musculares

*Un corazón
que aún late*

cardíacas muestran fragmentación, segmentación y necrosis con bandas de contracción. Detrás de este lenguaje descriptivo tan técnico es posible leer claramente un diagnóstico muy preciso: se trata del corazón de un hombre que sufre un específico tipo de infarto. No se trata del infarto habitual que resulta de la obstrucción aguda de una arteria coronaria. Se trata más bien de una cardiopatía debida a un estrés físico o emocional muy intenso. La causa de esta cardiopatía devastadora y potencialmente mortal es la liberación excesiva, por nuestros órganos, de adrenalina y otras catecolaminas. Más allá de un determinado límite, estas sustancias son tóxicas para nuestro corazón y producen esas alteraciones que encontramos en las platinas de los milagros eucarísticos.

Llama la atención la consonancia entre este diagnóstico y las teorías más recientes sobre la muerte de Jesús de Nazaret que complementan los pocos, pero significativos, datos «clínicos» de los Evangelios de la Pasión y las pruebas «fotográficas» de la Sábana Santa de Turín. Existe un consenso cada vez mayor entre los estudiosos de que el mecanismo final de la muerte del Nazareno fue, con toda probabilidad, una rotura del corazón como complicación de un infarto relacionado con el estrés, cuyo inicio debería situarse en Getsemaní.

Es evidente, pues, que en la Eucaristía la medicina forense, el dogma de la transubstanciación, la teología de la redención y la mística del Sagrado Corazón doliente y traspasado se encuentran y se remiten de forma admirable. Esta realidad tan concreta y objetiva de la carne y la sangre sufrientes llama la atención sobre el aspecto dramático, terrible, en definitiva, sacrificial, de la Eucaristía.

Y esto no es todo. En los tejidos extraídos y estudiados de los milagros eucarísticos, a veces años después de su prodigiosa aparición en este mundo, es posible encontrar células inexplicablemente vivas. Por ejemplo, mezcladas con fibras musculares cardíacas ya necrosadas y, por tanto, muertas, puede haber células sanguíneas, como glóbulos blancos, aún vivas en el momento de la preparación histológica. Se trata de un hecho humanamente inexplicable, que atestigua la existencia de un cuerpo humano entero, invisible, vivo y funcional, del que los tejidos visibles del milagro eucarístico siguen extrayendo sangre y vida... Esta coexistencia de vida y muerte en la misma platina histológica puede interpretarse como un anticipo de una realidad celestial donde el Hijo de Dios será eternamente adorado como un ser vivo, pero con un cuerpo glorioso que lleva los signos de la muerte por la que pasó (el Cordero de pie, pero eternamente inmolado de Ap 5,6).

Pero aún hay más. Hay en estos tejidos presencia de lesiones por exposición a alta energía electromagnética, de las que nadie se había percatado hasta entonces.

En la sindonología moderna se plantea la hipótesis de que la formación de la imagen de la Sábana Santa, misteriosa e irreproducible hasta hoy, puede remontarse a algún tipo de descarga instantánea de alta energía, coincidiendo con la vuelta a la vida del Hombre envuelto en el propio sudario.

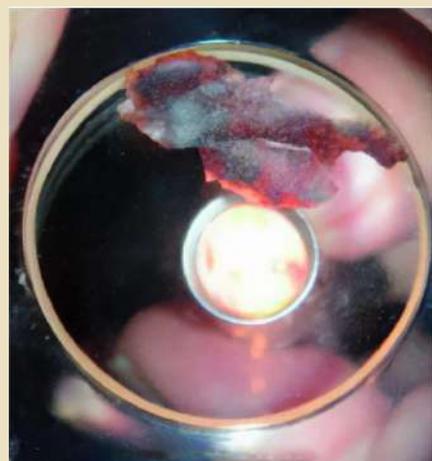
Si la medicina forense demuestra en los milagros eucarísticos la presencia de un corazón que ha sufrido y sufre, que ha muerto, pero que también está increíblemente vivo, ¿por qué sorprenderse si este corazón lleva también los signos de la Resurrección?



Milagro eucarístico de Lanciano



Milagro eucarístico de Legnica



Milagro eucarístico de Buenos Aires

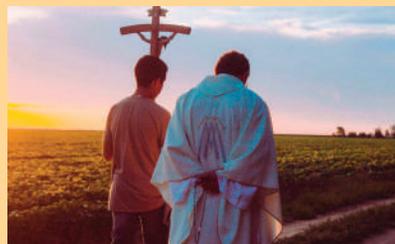


Milagro eucarístico de Santarem

ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

Cor Mariae Pro Eis

«Señales del auténtico espíritu sacerdotal: unión con Dios, espíritu de abnegación, amor hasta el sacrificio a las almas». (P. Rodrigo Molina)



Oremos por la fidelidad y santidad de los sacerdotes.

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”.
(Santa Teresita del Niño Jesús)

Reinado 
de María

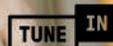
www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio

 www.nseradio.com

 www.nsetv.com





nsetvradio
ejercitoblanc



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Dirección de correo electrónico:
infoproeis@gmail.com